

general Llergo comenzó á dictar medidas enérgicas para evitar otra sorpresa como la de Maní. Hizo replegar á Ticul la guarnición de Oxkutzcab; aumentó su fuerza con la de los pueblos pequeños de la comarca, que fueron abandonados, y después de dejar las instrucciones necesarias para que aquella villa se sostuviese contra un ataque de los indios, que se consideraba ya inminente, se volvió con una escolta á la capital, donde las operaciones militares que tenían lugar en otros puntos del Estado reclamaban al mismo tiempo su atención.

CAPÍTULO VIII

1848

Sitian los indios á Ticul.—Rudos combates con los defensores de la plaza.— Importantes servicios que presta una columna situada en Sacalum á las órdenes de D. Pablo A. González.—Causas que obligan á D. Alberto Morales á desocupar á Ticul.—Operaciones militares en los partidos de la costa y del Oriente.—Sitilpech y Tzilam.—Asedio de Izamal.—Fuerzas situadas en Citalcum y Cacalchén, auxilian varias veces á aquella plaza importante.—La hace desocupar, sin embargo, el coronel Bello.—Causas de esta determinación.—Juicio del *Boletín oficial*.—Situación deplorable á que se ve reducida la Península.—Llega á desesperarse de su salvación.

Los indios no se hicieron aguardar por mucho tiempo en Ticul, donde se habían concentrado casi todas las fuerzas de la primera división, aumentadas con un cuerpo de 300 hombres que vino de Mérida al mando del coronel don José Dolores Cétina. Los sublevados se fueron aproximando paulatinamente, y aunque fueron batidos por las tropas del gobierno en los caminos de Jan y Oxkutzcab, en la tarde del 16 de abril se presentaron súbitamente en grandes masas alrededor de aquella villa, anunciándose con una gritería salvaje, que se dejaba oír en todas direcciones. Trabóse inmediatamente un reñido combate entre los agresores y los defensores de la plaza, y aunque la artillería hizo grandes estragos en las filas de los primeros, sobrevino la noche sin que se hubiese logrado ahuyentarlos.

A la mañana siguiente volvió á empeñarse con nuevo vigor la batalla, en toda la línea que cubrían las fuerzas

del gobierno. Los indios parecían haberse aumentado, y no sólo se les veía tras de las numerosas trincheras que habían levantado durante la noche, sino también en las copas de los árboles. A las nueve de la mañana, el jefe de la plaza, D. Alberto Morales, hizo salir dos secciones, que puso á las órdenes del coronel Cetina y del capitán Ruiz, para que despejasen los caminos de Muna y Nohcacab, hoy Santa Elena. Cada una de estas secciones se compuso de 250 hombres, y ambas ejecutaron las operaciones que se les había encomendado con tanto valor y decisión, que lograron desalojar á los indios de los atrincheramientos que habían formado en aquellos caminos, causándoles pérdidas de alguna consideración. También los indios que asediaban la población por el lado del Norte fueron vigorosamente atacados por una fuerza de 200 hombres que se desprendió de Sacalum al mando del teniente D. Pablo Antonio González, conforme á las instrucciones que había recibido del jefe de la división. Esta fuerza penetró en Ticul después de quitar ocho trincheras al enemigo, y en seguida se retiró al pueblo de donde había partido, porque así lo exigía la importante misión que se le había confiado de mantener las relaciones entre la población sitiada y la capital del Estado (1).

Poco fué lo que se ganó realmente con los dos triunfos de que acabamos de hablar, porque los indios volvieron á ocupar las posiciones de que se les desalojó, luego que se retiraron las fuerzas del gobierno. Los del camino de Pustunich emprendieron un ataque vigoroso sobre la plaza en la tarde del 18; pero aunque salieron de sus posiciones en número de 2.000 para arrojar sobre una trinchera guarnecida por 150 blancos, y aunque el combate duró hasta la

(1) *Boletín oficial del gobierno de Yucatán*, número 4, correspondiente al 18 de mayo.—Este periódico, que vino á sustituir á *La Unión*, salía todos los días, con el objeto de imponer al público, con la mayor frecuencia posible, de los sucesos de la guerra.

madrugada del día siguiente, se retiraron al fin sin conseguir su objeto. El 19 continuó el ataque por otros puntos de la línea, y habiendo tenido noticia el Sr. Morales de que los indios estaban levantando nuevas fortificaciones para estrechar más el sitio de la plaza, dispuso que saliera á impedirlo una sección de 300 hombres que puso á las órdenes del coronel Cetina. Esta fuerza se replegó á la plaza en la tarde, después de haber conseguido en parte su objeto y causado algunos estragos al enemigo en el camino de Chapab.

En la mañana del 20, D. Pablo A. González salió de Sacalum con una sección de 250 hombres, con el objeto de conducir parque á Ticul y explorar el campo de los sublevados. No fué tan feliz como en su primera excursión, porque una legua antes de aquella villa se vió bruscamente detenido por los indios, que se hallaban emboscados y atrincherados en el camino. Al cabo de una hora de combate logró superar este obstáculo y entró á la tarde en Ticul con el parque de que tanto necesitaban sus defensores. Dos horas después intentó regresar á Sacalum con algunos heridos que le había confiado el coronel Morales; pero los indios, que habían vuelto á emboscarse y á atrincherarse en el tránsito, le opusieron tan viva resistencia, que se vió obligado á replegarse á Ticul, por el temor muy fundado de que las sombras de la noche viniesen á empeorar su situación. A la mañana del día siguiente volvió, sin embargo, á emprender su marcha, y como traía consigo el auxilio de 200 hombres de la guarnición de Ticul, pudo vencer todos los obstáculos que los sublevados amontonaron en el camino para impedirle el paso (2).

Tres días después de este suceso, el mismo González se dirigió á la hacienda Suná, donde los indios habían establecido un cantón, de donde salían para obstruir el camino

(2) *Boletín* citado, número 7.

de Ticul. Como su objeto era pasar en seguida á esta villa, donde se dejaba oír un vivo tiroteo desde la noche anterior, dispuso que marchase al mismo punto, por la vía principal, el capitán D. Tranquilino Puerto, con una fuerza del primero, que acababa de venir de Mérida. González consiguió completamente su objeto; pues no sólo derrotó á los indios en Suná, haciéndoles quince muertos y varios heridos, sino que también les quitó varios víveres, que condujo en seguida á Ticul. No sucedió lo mismo con la fuerza que llevaba el capitán Puerto; porque habiendo sido derrotada por los bárbaros que obstruían el camino, se replegó en desorden á Sacalum. Los vencedores se vinieron en pos de los fugitivos, y como este pueblo se había quedado sin ninguna defensa, los bárbaros se cebaron en él, asesinando á los habitantes que no pudieron huir é incendiando sus casas de paja.

Las columnas de humo que levantaba el incendio anunciaron en Ticul este trágico suceso. Don Pablo Antonio González consiguió del jefe de la división un pequeño refuerzo, y con él emprendió su vuelta para el pueblo incendiado, en donde sólo encontró casas humeantes y cadáveres horriblemente mutilados. Entonces continuó su marcha para esta capital, y habiéndose provisto aquí de algunos nuevos recursos que le facilitó el gobierno, regresó á Sacalum, dió sepultura á los cadáveres y poco después se vió obligado á abandonar aquel pueblo, á causa de la completa desolación en que lo habían dejado los bárbaros (3).

La villa de Ticul se hallaba entretanto próxima también á sucumbir. Las numerosas hordas que la asediaban, parecían aumentarse de día en día, y su jefe Jacinto Pat estaba empeñado en rehabilitarse ante los suyos con un golpe decisivo. Propúsose estrechar el sitio, y los indios pusieron en juego algunos medios ingeniosos para aproximar sus

(3) *Boletín oficial*, números 9 y 11.

trincheras á las de la plaza. Se echaban boca arriba en el suelo, para que no los ofendiese la artillería, y se les veía empujar con los pies las piedras que debían servir para las fortificaciones. Otros se situaban en puntos estratégicos para ofender mejor á las fuerzas del gobierno, y como éstas se viesan en la necesidad de hacer un fuego constante de fusilería y artillería para impedir aquellas operaciones, acabaron por consumir casi del todo sus municiones de guerra. Don Alberto Morales se resolvió entonces á desocupar la población; porque el incendio de Sacalum, de que tenía ya noticia, y el hecho de haber transcurrido cinco días sin tener comunicación ninguna con la capital, le hicieron comprender que no podía esperar ningún auxilio exterior.

La desocupación tuvo lugar en la mañana del 27 de mayo, y aunque se dictaron varias disposiciones para que se verificase con orden, el terror que los indios habían logrado infundir en las tropas del gobierno, produjo escenas muy semejantes á las de Valladolid. Don José D. Cetina se situó en una hacienda llamada San Joaquín, con el objeto de proteger la retirada, cuyo movimiento se verificó sin ningún contratiempo. En seguida comenzaron á replegarse á la plaza las fuerzas avanzadas, con el objeto de que, unidas á las demás que quedaban en la población, saliesen escoltando á las familias. Pero en los momentos en que se verificaba esta operación, los indios se precipitaron súbitamente dentro de la línea de defensa, y habiendo huído cobardemente hacia los bosques inmediatos una parte de nuestra fuerza, algunas mujeres y niños fueron víctimas del furor salvaje del invasor. El resto de la fuerza y de las familias tomó precipitadamente el camino de San Joaquín, y desde el momento en que se hallaron bajo la protección de Cetina, que cubría aquella finca, amainó completamente la persecución de los bárbaros. A las cuatro de la tarde del día siguiente, D. Alberto Morales llegaba con su destrozada división á la hacienda Uayalceh, que sólo dista ocho leguas

de Mérida, y en la cual había hecho situar una fuerza el gobierno desde la pérdida de Sacalum (4).

Graves sucesos ocurrían por la misma época en el partido de Izamal, donde, como hemos dicho, se hallaba situada la cuarta división, al mando del coronel D. José del Carmen Bello. Los indios, después de la desocupación de Valladolid, Espita y Tizimín, se habían venido esparciendo hasta más acá de Tunkás, aunque con cierta flojedad y negligencia, debidas acaso á que muchos abandonaron entonces las armas para quemar sus sementeras. Parece también que la captura del vicario Sierra y de algunos otros eclesiásticos les proporcionó por la misma época la oportunidad de celebrar varias fiestas religiosas (5), por las cuales ó, más bien dicho, por las orgías con que las acompañaban, abandonaban gustosos el campo de batalla.

Esta calma duró hasta principios del mes de mayo, en que después de algunos movimientos de poca importancia que se verificaron en la región de la costa, los indios atacaron por fin el pueblo de Sitalpech, que sólo dista unas cuatro millas de Izamal. Los agresores fueron rechazados dos veces por las fuerzas que guarnecían aquel pueblo al mando del teniente coronel D. José Dólores Baledón, á pesar de que en el ataque del día 9 avanzaron hasta á una distancia de tres cuadras de la plaza, dando evidentes señales de que intentaban sitiarla. Los indios, lejos de desanimarse por estas derrotas, ocuparon pocos días después la hacienda Chovenché, situada entre Izamal y Sitalpech, con el objeto sin duda de aislar á Baledón y obligarlo á abandonar el pueblo que guarnecía. El coronel Bello hizo salir inmediatamente de Izamal una fuerza de 350 hombres, y aunque ésta derrotó completamente y dispersó á los

(4) *Boletín* citado, número 13.

(5) Diario del vicario Sierra, citado por D. SERAPIO BAQUEIRO, quien lo tuvo á la vista para escribir su *Ensayo*.

sublevados, el pueblo de Sitalpech fué abandonado el día 15, replegándose su guarnición á aquella ciudad (6).

Desde este momento comenzó á notarse una actividad sorprendente en las operaciones de los indios. El pueblo de D'lam, situado á tres leguas de lacosta, sufrió un ataque tan vigoroso, que su guarnición se vió obligada á desampararlo, retirándose en desorden á D'icantún, después de un día de combate. Los indios cometieron en aquel pueblo las depredaciones de costumbre, y en seguida lo abandonaron también para incorporarse á las fuerzas que debían operar sobre Izamal. Bien pronto fué conocida la intención de los bárbaros respecto de este asunto, porque comenzaron á devastar los alrededores de aquella ciudad, como hacían siempre que querían apoderarse de alguna población. Todas las haciendas comarcanas fueron sucesivamente víctimas del incendio y del pillaje, y en cuanto á los pueblos de Tepakán y Teya, el primero fué reducido á cenizas, y el segundo amenazado de correr igual suerte.

Por último, los indios se presentaron en Izamal en la mañana del 20, anunciándose con una gritería compacta y prolongada, que se dejaba oír en distintas direcciones. Al mismo tiempo colocaron una trinchera á tiro de fusil de la plaza, en el camino de Sitalpech, y en seguida otras al Sur y al Poniente, dejando únicamente descubiertos algunos caminos de haciendas, por los cuales podía intentarse una retirada á Tekantó. Los defensores de la ciudad intentaron oponerse al sitio, haciendo un fuego constante de fusilería sobre los indios, además de los tiros que disparaba la artillería, situada ventajosamente en uno de los cerros que se levantan alrededor de la plaza. Pero los sitiadores no cesaron en su empeño y conservaron sus posiciones hasta el momento en que las sombras de la noche obligaron á unos y otros á suspender las hostilidades. Bello comunicó este

(6) *Boletín oficial*, número 2.